

SEMINARIO “NUEVA CULTURA DEL AGUA Y VOLUNTARIADO”

17 de mayo 2008. El Picazo (Cuenca)

EL AGUA, Y SU NUEVA CULTURA

María Soledad Gallego Bernad

Abogada Ambiental

msgallego@justiciambiental.es

INTRODUCCIÓN

Cuando me llamaron para dar esta ponencia, aquí en el Picazo, en tierras del Júcar, avisé de que mi trabajo ahora se centra principalmente en el río Tajo. Los organizadores me dijeron que de lo que querían que hablara es de la Nueva Cultura del Agua, que da nombre a la Fundación a la que pertenezco desde hace dos años.

Hay gente que lleva mucho más tiempo en la Fundación y que está mucho más capacitada para hablar de sus orígenes y de lo que significa la Nueva Cultura del Agua. Yo solo puedo hablar de lo que conozco, de los motivos por los que pertenezco a esta Fundación, y del significado que para mí, tiene la Nueva Cultura del Agua, expresión acuñada hace ya algunos años por Francisco Javier Martínez Gil, Catedrático de Hidrogeología de la Universidad de Zaragoza, y que es, en mi opinión, uno de los mejores exponentes, tanto a nivel profesional y científico, como personal y humano, de lo que significa la Nueva Cultura del Agua.

Para explicar un significado, para ir a la esencia de algo, no bastan solo las palabras, sino que también son necesarias las imágenes, el conocimiento directo, el tocar y vivir la realidad de lo que se explica. Nuestro conocimiento no es el meramente intelectual y científico, sino que también es el conocimiento personal e interno, social y cultural, ligado a la emoción, a los vínculos y costumbres que nos unen a la tierra y al agua que

le da vida. Creo que el siguiente texto del catedrático Martínez Gil lo expone de forma ilustrativa.

“Una buena parte de mi vida personal y de mi actividad profesional han estado centradas en torno al agua. Durante muchos años apenas supe mirarla más que desde la perspectiva de un recurso asociado al desarrollo económico. Mi mundo fueron los hidrogramas, los balances hídricos, las fórmulas de la hidráulica, etc., es decir una visión muy cercenada de una grandiosidad sublime. Hoy entiendo el agua y los ríos desde otra perspectiva más global; he aprendido a mirarlos de otra manera; mi saber hidrológico se ha vuelto humanístico.

Recién empezados los años 90 tuve una vivencia especial en Canadá; un simple recorrido de dos semanas descendiendo en canoa descendiendo las aguas de un río hermoso, salvaje, en una borrachera de naturaleza, a lo largo de casi quinientos kilómetros surcando un territorio totalmente despoblado, sin puentes ni vías de comunicación alguna en nuestra proximidad, sin poblados próximos y sin teléfonos móviles, acompañado por un guía y cinco compañeros más de diferentes países. Entonces se abrió mi espectro y mi forma de entender y de sentir un río, que se amplió, más allá de su reducción a un simple recurso apetecido por los sistemas productivos.

A partir de ese momento me hice asiduo a esa forma de sentir y vivir los ríos. Desde una piragua empecé a percibir nuevos estados de emoción, muy especiales. Pensé que mis emociones en cierto modo estaban relacionadas con la recuperación de mis vivencias de infancia, pubertad y adolescencia ligadas a lo ríos, cuando eran el reino de los niños, antes de que llegaran las piscinas. Pronto, empecé a llevar a gente amiga a compartir esas emociones, a mostrarles ese mundo del agua. Y desde entonces lo hago con especial devoción, de forma que en estos últimos años he tenido la oportunidad de llevar a cientos de personas a descubrir los ríos desde dentro.”

Eso, sencillamente, es la Nueva Cultura del Agua: la unión del conocimiento y el saber científico y técnico, con el conocimiento esencial que los distintos grupos y personas tienen del significado del agua, de los ríos, acuíferos y mares en nuestra vida. En la Nueva Cultura del Agua, la Universidad, el saber técnico y científico no da la espalda a la sociedad, y a los grupos de afectados por problemas concretos; el saber intelectual no se encierra en una torre de cristal o en un laboratorio, sino que sale de las aulas, baja a la calle y da la mano a los grupos y colectivos sociales que se mueven por defender un río como algo más que una mera tubería o un

contenedor de agua. El saber intelectual, se pone al servicio del saber ancestral sobre el significado del agua en nuestra vida, sobre el sentido que este elemento tiene en nuestras sociedades, más allá del puro mercantilismo.

Y ciertamente, cuando Francisco Javier Martínez Gil eligió la palabra “cultura” y el adjetivo “nuevo” para unirlos al “agua”, acertó plenamente con las palabras que dan forma al significado a transmitir.

EL AGUA

El agua, como elemento y como símbolo es uno de los mayores exponentes de nuestra vida material, y nuestra vinculación a la tierra. Sin agua, sencillamente, no hay vida. No es una mercancía más, no es algo con lo que podamos traficar o comerciar como si fuera petróleo o carbón. Por supuesto que hay que incentivar su consumo eficiente, y repercutir en los costes que pagamos por ella lo que cuesta que la tengamos con tanta facilidad en nuestras sociedades actuales. Independientemente de la cantidad de agua que consideremos básica por persona y día, y de la necesidad de asegurar a todas las personas este derecho de la forma más equilibrada y justa posible, debemos recordar que el agua no sirve solo para beber, producir alimentos o energía. El agua es algo más, y así nos lo dice el dolor profundo que produce el asomarse al cauce de un río seco o gravísimamente contaminado. El sentir que el agua bajo nuestros pies, definitivamente se ha ido; que un valle lleno de vida y de biodiversidad, definitivamente se pierde inundado por una presa. Todos estos costes, los ambientales, los sociales, tenemos que tenerlos también en cuenta cuando optamos por emplear el agua de una determinada manera. No podemos cerrar los ojos ante lo que supone que un río se pierda o muera, no podemos obviar las infinitas conexiones que el agua subterránea o superficial tiene con la naturaleza y la vida. El valor, puede que no sea cuantificable materialmente, pero no podemos ser tan ciegos para olvidar que hay cosas que no son cuantificables en dinero, y que por eso mismo, tienen un valor intrínsecamente mayor. El dinero no es la única medida de las cosas, aunque en nuestras modernas sociedades lo hayamos olvidado.

El hombre, el ser humano, la vida, es algo más.

El agua, un río, es algo más.

Cuando era niña, me bañaba en el Giguela, afluente del Guadiana, y recuerdo perfectamente como era el olor a río, y el color de sus aguas. Recuerdo como eran los álamos y la vegetación de su ribera. El río era una

parte más de la vida y la cultura del pueblo. En las romerías, en las comidas en el campo, el río era uno de los vínculos más fuertes de unión con la tierra. A finales de los 80, vinieron del Icona con excavadoras y arrasaron las orillas del río, arrancaron los árboles, lo dejaron como un canal de tierra abierto y herido. Había gente que lloraba al verlo. Y nadie entendía nada. Años después, cuando comencé a trabajar en temas de agua, y a estudiar el trasvase del Tajo, comprendí lo que había pasado. El envío de agua del Tajo a las Tablas de Daimiel, exigía que el cauce del Giguela estuviera lo más despejado posible. No fue solo esto. En esta zona y sobre todo en la del acuífero 23, comenzaron los pozos, el riego de viñedos, las extracciones de agua subterránea con sondeos cada vez más potentes. En una tierra árida, que a pocas decenas de kilómetros veía pasar a cielo abierto el canal del trasvase Tajo-Segura rebosante de agua rumbo a Levante, la gente comenzó a succionar el agua de la tierra, sin comprender que contribuía a dictar también la sentencia de muerte del río y de los acuíferos. Todavía visito con frecuencia al Giguela, y aunque apenas puede reconocerse el color de sus aguas, aunque apenas es una sombra de lo que era, el río sigue dejando en mí, y estoy segura que en mucha otra gente, la memoria de lo que fue, de lo que hemos perdido y podemos y debemos recuperar no solo para nosotros, sino sobre todo, para los que vendrán. En el desastre en el que se ha convertido la cuenca alta del Guadiana, no bastará el dinero para que el agua vuelva a rebosar por sus Ojos, no bastará el agua enviada de otras tierras. La desolación del enorme cauce del Guadiana completamente seco durante kilómetros en el puente de la carretera de Villarrubia a Daimiel, es algo que difícilmente podrá revertirse si no se buscan las causas profundas por las que toda una tierra, toda una sociedad, una cultura, permite que el agua desaparezca bajo sus pies y se sequen sus ríos.

En la adolescencia y la juventud, las meriendas en el campo, los paseos y las excursiones, eran al Júcar, en la zona de la Manchuela, y al Mundo, y los ríos de la Sierra del Segura. Los ríos formaban parte del paisaje, como algo inamovible y que no se podía perder. Contemplo las fotografías de mi madre bañándose de niña en el Júcar, de mis abuelos...Todas las generaciones anteriores a la nuestra conocieron y respetaron a los ríos. Eran parte de nuestra vida y nuestro paisaje. Ni siquiera podíamos imaginar que un día pudieran desaparecer y que nuestros hijos y nietos no llegaran a conocerlos y disfrutarlos como nosotros. Hace 20 años, cuando contemplaba el Júcar, cuando me sentaba a conversar con otros amigos cerca de su orilla, cuando lo veía pasar apoyada en un árbol, no podía imaginar que ese río estaría un día agonizando. La situación en el Júcar, aunque con otras raíces, también es parecida a la mencionada antes. ¿Es el río del primero que llega y aprovecha sus aguas? ¿Es el río del que lo ve pasar frente a él? ¿Puede ser un río de alguien, aunque sea a través de

concesiones de riego o eléctricas? Determinadas situaciones, que pueden considerarse hoy radicalmente injustas o rayando en el colonialismo del agua, como construir embalses en las tierras de otros para poder aprovechar el agua en la propia, no justifican la gravísima sobreexplotación de los acuíferos en la Mancha Oriental. El Júcar se muere, está en una situación crítica. Sencillamente, no puede con todo. El río Júcar es ahora mismo como una persona a la que obligaran a trabajar 24 horas al día, sin descanso. El conflicto ambiental, el conflicto social en que se sumerge, exige darnos cuenta de que el río no puede más. Que sus aportaciones en cabecera han disminuido en un 40% en los últimos 25 años. Que el cálculo del agua disponible en el Plan de cuenca está sobredimensionado, que las cuentas están mal hechas, y que el resultado, de no corregir el rumbo, será el de la muerte del río Júcar y todo lo que significa. Otro río más.

También ha disminuido en estos últimos 25 años casi en un 50% sus aportaciones en cabecera el río Tajo. No es de extrañar, pues su cabecera y la del Júcar están muy cercanas. Sean cuales sean los motivos, cambio climático u otros factores, no podemos dejar de reconocer esta realidad y seguir planteando la explotación minera de estos ríos, con cálculos de agua disponibles sobredimensionados, y demandas insaciables. Hace casi 40 años, la Ley del trasvase Tajo-Segura dijo que al Tajo le sobraban 600 Hm³ en su cabecera, y ahí permanece esa ley. El Tajo es otro río agonizante en su curso medio. Tras detraerle las dos terceras partes del agua en la cabecera, para enviarla por el trasvase, recibe, tras llegar casi sin agua a Aranjuez, las aguas contaminadas del Jarama con los vertidos de una zona de 6 millones de habitantes. Entrepeñas y Buendía se vacían, se estrujan, se retuercen hasta arrancarles la última gota, porque una ley hace 40 años dijo que les sobraba esa agua, y aunque la realidad sea otra, nadie quiere mirarla. Los usos comprometidos en el trasvase son demasiado importantes, el agua desalada es más cara que el agua subvencionada y prácticamente regalada del Tajo. Otro río que agoniza y muere. Pero da igual porque una ley, un papel que alguien firmó hace 40 años, dice que el agua le sobra. Solo nos falta demandar a Dios porque no llueve tanto en la cabecera del río como se calculó entonces. Todo, antes que reconocer lo evidente.

LA CULTURA

La Nueva Cultura del Agua, por tanto, es buscar las causas, los datos, las cifras, los números, ver las relaciones y posibles soluciones dentro de un conflicto. Cuando un río agoniza, en la mayoría de ocasiones la gente, los ciudadanos, no conocen las causas reales. A veces la gente es directamente

manipulada o se le miente, otra es puro desconocimiento, el pensar que “así son las cosas” o que este es el precio del progreso.

Pero aún así, debemos valorar siempre y tener muy en cuenta, la capacidad que el ser humano tiene de aprender y opinar. Precisamente, la palabra cultura, es definida en el diccionario de la R.A.E. como:

“Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico”.

Esto es uno de los objetivos fundamentales que persigue la Nueva Cultura del Agua. A veces, tras una charla con datos sobre un río y su estado, sobre la situación del agua, muchas personas se acercan y dicen “yo no sabía esto”, “nadie me lo había explicado antes”.

Es cierto que el ser humano, con la enorme capacidad técnica actual, tiene también una enorme capacidad de destrucción del entorno. En pocas décadas hemos transformado radicalmente la fisonomía de nuestras avanzadas sociedades occidentales, y extendido este modelo de desarrollo al resto del mundo. La técnica y la ciencia avanzan, y al mismo tiempo, nos hemos desconectado cada vez más del resto de seres humanos, de la naturaleza y de la vida. Pero también es cierto, y no podemos olvidar, que el ser humano tiene una capacidad enorme de aprender, de reflexionar, y que con información y datos comprensibles, puede llegar a soluciones adecuadas, puede corregir el rumbo y regenerar.

Además, tenemos que recordar que la “cultura” se define también en el diccionario como:

“Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”.

Es decir, nuestro conocimiento individual, nuestro juicio crítico, se une al de los demás y conforma nuestro modo de vida, conforma las sociedades y lo que somos como conjunto.

También es cultura poder bañarse en un río. Cultura es poder contemplar su paisaje. Cultura es poder navegar en él en piragua o poder pescar. Cultura es un regadío tradicional. La naturaleza es una de las mayores expresiones de arte y belleza. En ella, en vez de contemplar un cuadro, nos sumergimos en él, y como seres humanos, nos reconocemos como parte del paisaje. Nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza, de utilizarla de forma

equilibrada, de conocer sus ciclos y funcionamiento, o de explotarla o esquilmarla, también es cultura, (o incultura, en muchos casos).

Cuando desaparece un río o se degrada, también desaparece toda la cultura vinculada a él, el mensaje y la información que a través de símbolos y reflejos sus aguas nos traen desde el nacimiento, para llevarlos y devolverlos al mar. Podemos aprender, o podemos olvidar.

Hace unos meses, se celebró el Día Internacional del Pueblo Gitano, y se eligió Aranjuez, como ciudad vinculada a un río importante y simbólico como el Tajo. Un río que atravesando territorios y fronteras, llega al mar, y mezcla sus aguas con el Atlántico. La comunidad gitana, junto con eurodiputados, alcalde y concejales, se acercó al Tajo, para festejar esa fecha por el rito romanó. Las mujeres arrojaron pétalos de flores a las aguas del río para que fueran transportados de un país a otro sin pedir permiso a nadie, sin ser perseguidos por la policía, sin coartar la libertad del pueblo gitano. Pero el Tajo en Aranjuez, esquilado y exhausto tras las brutales detracciones del trasvase Tajo-Segura ya no es el que era, ni en Aranjuez, ni en ninguna parte de su cabecera y tramo medio. Los pétalos de flores que las mujeres arrojaron al agua como símbolo de libertad, se quedaron quietos, y subieron el río, en vez de bajar. El Tajo en Aranjuez es un río prácticamente muerto, parado, que mantiene un mínimo nivel para los turistas gracias a las trampas y artificios de los azudes. El Tajo ya no es un río libre, y los pétalos arrojados, al igual que las aguas del río, difícilmente llegarán al mar. Los pétalos de flores, de una forma antinatural, subían hacía arriba, no fluían con el río, y el mensaje era claro, pues desde hace mucho tiempo, las aguas que el Tajo debería llevar en Aranjuez, desembocan en el Mediterráneo, y no en el Atlántico.

LO NUEVO

Tanto el ser humano como las sociedades evolucionan a través del conflicto. Pero no el conflicto visto como enfrentamiento o intento de imponerse por la fuerza a las opiniones o razones de otro. No el conflicto como violencia o destrucción. La vida evoluciona y cambia, crecemos por dentro y por fuera, como personas y como sociedades. Las nuevas situaciones provocan un conflicto con la situación anterior, que hemos de saber resolver, sin dejarnos arrastrar por él. Ni la vida ni el ser humano pueden permanecer estáticos o congelados, sino que lo natural es evolucionar. Ahora bien, la evolución no puede identificarse únicamente con el crecimiento físico o material.

Por ejemplo, en materia de agua, se plantea un conflicto porque consideramos que esta es necesaria para diversos usos, beber, regar, usos industriales, desarrollos urbanísticos, etc, y al mismo tiempo, esos usos implican que el agua dejará de cumplir sus funciones ambientales y que desaparecerán los ríos y acuíferos, y se verán afectados los múltiples elementos de la naturaleza, y otros seres vivos ligados al agua. Ese conflicto puede solucionarse por la fuerza, por el engaño, por la manipulación. Por frases estereotipadas como “antes los hombres que los patos” o “que el agua se pierde en el mar”. Pero también puede resolverse por la cultura, por el conocimiento, por el razonamiento crítico, reconociendo el importantísimo valor que tiene el mantener nuestros ríos y acuíferos vivos, no solo para nosotros, sino para otros seres. Reconociendo que el agua es algo más, y que funciona dentro de un ciclo que no podemos interrumpir y cortar a nuestro capricho.

La cultura, la “Nueva” Cultura del Agua, en este caso, implica que con el conocimiento científico y los medios técnicos actuales, unidos al conocimiento ancestral y profundo que tenemos sobre el agua y su significado, logremos mirar de frente al conflicto y seamos capaces de evolucionar frente a él y por él. De reconocer los límites y establecer una nueva situación de equilibrio. Esta es la forma en que funciona la vida, y aunque parezca una paradoja, es la forma en que a través del conflicto, puede llegar la armonía.